



Relatos y Microrrelatos

Curso 2013 - 2014



Blancanita y los siete superaltos

Érase una vez, yo, una niña llamada Blancanita, de 8 años. Vivo en un castillo en un pueblo llamado Zaynucity. Mi padre, el rey de bastos, está casado con la modelo y actriz Reina de corazones. Tengo, aunque no está demostrado, un pequeño trastorno de personalidad que a mi engreída madrastra no le agrada. Y se daban casos como este:

- Blancanita, cariño mío -dijo la pija de mi madrastra, perforándome los oídos con su chillona voz- qué modelito vas a coger para esta noche, sabes que hay fiesta ¿no?

- ¡iiiiQue noooooo!!!! -respondí con enfado-. Ni voy a ir a la fiesta esa de pijos, ni mucho menos me pongo un vestido de esos cursis.

- Querida, esos no son modales de una princesa- contestó con retintín.

- ¡iiiYo no quiero ser una princesa!!!!- grité a pleno pulmón- ¡iiiiQuiero ser un príncipe y correr aventuras!!!!

- Y casarte con una princesa ¿no?

- Pues mira....

- ¡iiiiBlancanita!!!!!!

- ¡iiiiQue era broma!!!! -Esta es una de las típicas conversaciones que tengo con ella.

A partir de aquí empieza la verdadera historia. Habían pasado 10 años desde que dejé de tener aquellas discusiones con la vieja. Con mis 18 años, pasaba

tanto de mi padre como de mi madrastra. Tenía cosas más importantes de las que preocuparme: como cabalgar por las colinas cercanas al castillo con mi fabulosa, flamante y preciada... moto, ver fútbol en la televisión del bar del pueblo. O a veces me pasaba horas enteras delante del espejo dando forma a mi frondoso bigote. La Dama de Corazones había intentado que me depi-



lara, pero sus intentos fueron en vano.

- ¡Qué fuerte! -grité con la vista clavada en mi móvil.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Eugenio, mi mayordomo, entrando alterado por la puerta.

- 'Ma'caba conta' er jonny ca'n abiertoh un peasho tienda, k dishe que ta' to' wapa'- cogí mi chupa de cuero negra y las llaves de la moto.

- ¿Pero a dónde vas? -insistió el pesado

de Eugenio.

-Al "Aldeacathlon"

Le cerré la puerta en las narices, para no tener que darle más explicaciones. A mitad de camino la moto empezó a emitir ruidos extraños, segundos más tarde se gripo la burra, haciendo que me cayera. Maldije a todo y todos los que conocía. Decidí caminar hasta la siguiente aldea.

Al cabo de un par de horas conseguí llegar hasta una plaza en la que había situada una casa.

Al llamar a la puerta no había nadie. Me cabreé y entré por mi cuenta.

Cuando entre me pareció oír a alguien

- Y a vosotros que os importa -les contesté.

Al rato me tranquilicé y se presentaron, se llamaban: Toni, Fidel, Amador, Enrique, Arturo, Coke y Lolo.

Al igual que ellos, yo también me presenté y les expliqué los pequeños problemas que tenía con mi padre y mi "MADRE": LA BARBI.

Para ayudarme quisieron enseñarme modales como...

- En primer lugar me quisieron enseñar vocabulario:

- Se me acaba de ocurrir una idea to wuapa -les dije con modales.

Entonces ellos me dieron una colleja en



acercase a la puerta y en ese mismo momento me escondí.

Al hacerlo me choqué contra una puerta.

Cuando me levanté me di cuenta de que un grupo de personas altísimas me rodeaban. Al mismo tiempo que me despertaba, oí unos chillidos de las personas que me rodeaban.

La conversación que tuvimos fue.....

- Ahhhhhhh -Gritaron algunos hombres.

- ¿Quién eres? -me volvieron a decir.

en el cogote.

Al haberme hecho esto me lancé a ellos les arranque un mechón de pelos a cada uno.

Al fin y al cabo creo que después de aquella "clase" se me quedó algo de vocabulario.

(O ESO ESPERO)

_En segundo lugar.....

Los chicos me llevaron a un salón de belleza. Y allí me senté en una butaca que tenía una mesa a su lado, en la mesa

había un tarro con queso fundido y me lo comí. Yo creo que todos sabemos lo que era: ¡CERA!

Al llegar una mujer le dije: Corta poco me por los lados. No me hizo ni caso, si no, que me arranco el mostacho, se me cayeron lágrimas como puños.

Ese fue el peor día de mi vida. Haber le tenía aprecio a aquellos pelillos que eran como cerdas.

Cuando llegamos a casa me encontré un regalo en el suelo, lo abrí y dentro estaban mis peores enemigos los tacones y un vestido. Me obligaron a ponérmelos. En el mismo momento que me los puse me caí de morros al suelo.

Al aprender a llevar tacones, me sentí por una vez en mi vida femenina.

-“Toni”-grité.

- Creo que he aprendido a maquillarme, le dije orgullosa.

En cambio él me dijo que parecía un payaso muerto con la cara hinchada.

Cuando me lo dijo me quedé decepcionada, porque no había hecho un buen trabajo, y eso que me había puesto un buen morro choricero.

Yo siempre que vivía con mis padres, me comportaba fatal solo para fastidiarles y por eso quería intentar cambiar para ser la hija que siempre habían deseado. Un día los chicos me dejaron llegar al bar del pueblo para recordar viejos tiempos:

-Que pasa tíos- les dije.

Al verme los chicos del bar no me reconocieron, y les explique todo lo de la transformación.

Cuando me entendieron se rieron de mí.

En ese momento me largué, para no aguantar más a esos tíos tan pesaos, que por cierto, estaba claro que ellos no se miraban al espejo desde hacía tiempo.

Al llegar a casa llorando se los conté todo a mis amigos.

Ellos fueron los únicos que me comprendieron.

Un día decidí, bueno en todo caso me obligaron mis amigos, bueno no me voy a salir del tema, a presentarme ante mis padres con mi nuevo look, aunque, no estaba muy segura...

-No quiero ir-les dije.

-Pues claro que vas- me contestaron todos a la vez.

Al fin, me convencieron.

En cuanto me encontraba en frente de la puerta del castillo me dieron temblores, escalofríos y además, hasta sudaba de miedo.

Abrí la puerta y en ese mismo instante mis padres me vieron , corrieron hacia mi, me dieron un gran beso y me abrazaron.

-Porque te fuiste-me dijeron.

-No quería hacerlo a posta les conteste-.

-No pasa nada lo bueno es que estas a salvo- me volvieron a decir con muchísimo cariño

Y desde ese momento vivimos felices todos juntos.

Así que ya sabéis los padres y no tan padres siempre os querrán, aunque podáis parecer el patito feo, bueno o lo seáis.

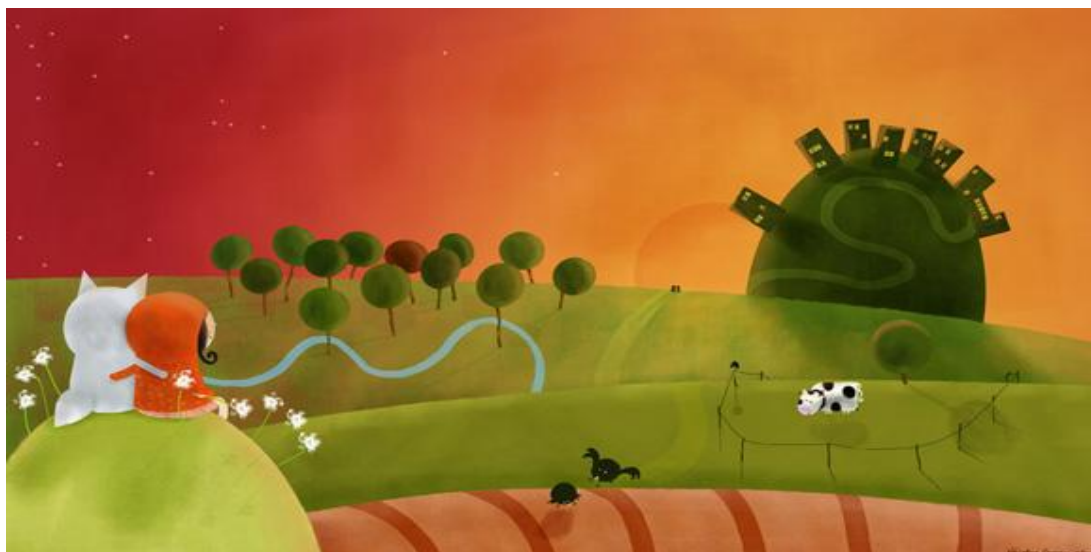
Silvia Navarro Mesa 5ºA EPO



El libro sin dueño

Hasta mañana 'El castillo subterráneo', adiós, 'El complot de las flores', nos veremos dentro de una semana, 'La brújula dorada', hasta el mes que viene, 'Los tres cerditos'.

Como habréis leído todos los libros de la biblioteca de Córdoba entraban y salían, pero había un libro llamado 'Sueños' que nunca salía de la biblioteca: era un libro viejo, pequeño y lleno de telarañas porque nadie lo elegía para leerlo.



El veía como sus amigos iban y venían, aunque intentaban animarlo, él se sentía muy apenado, los libros son para leerlos, y Sueños no había salido jamás de la biblioteca, no sabía que sensación tendría cuando le pasaran hoja por hoja, una por una, así, hasta el final.

Pero un día un niño llamado Fabio lo cogió y se lo llevo a su casa, la madre le preguntó que por qué había escogido ese libro, Fabio no respondió, la verdad es que no sabía por qué lo había hecho, tenía la portada muy fea, estaba sucio, y parecía como si no se hubiera movido nunca de la estantería.

Fabio subió directamente a su cuarto a leerlo. La historia trata de un científico que inventa un portal a otro mundo ese mundo se llama Sueños, en él se encuentran con un lagarto muy amable y con un árbol parlante que también era muy majo. Cuando terminó de leerlo, Fabio estaba emocionado, su tío que fue a hacerle una visita ese mismo día, le preguntó si podía echarle un vistazo, es muy aficionado a la lectura y siempre está leyendo y releendo todo tipo de cuentos.

Al día siguiente su tío lo terminó de leer y como es periodista escribió un artículo sobre el libro y cuando Fabio lo devolvió a la biblioteca toda la gente que había se abalanzó sobre Sueños. Fabio no comprendía lo que pasaba, de pronto su tío le explicó lo que había sucedido.

Los libros de la biblioteca se alegraron por él y nunca más volvió a estar sólo.

Ángel Quintero Montes 6º A EPO

La Puerta

Todo ocurrió como en un sueño.
Encontré una puerta disimulada en
el frontal de un muro, empujé y
entré. Encontré un hombre joven,
sentado, y entre sus piernas, un
torno alfarero. Rebozaba
entusiasmo. No me vio o fingió no
verme. A su espalda había otra
puerta. Pasé. Un hombre maduro
sujetaba ensimismado un torno de
alfarero, perfeccionando, con sus
manos, un jarrón precioso.
A su espalda había otra puerta.
Entré. Un hombre anciano apoyaba
su cabeza en un jarrón de barro.
Parecía pensativo o simplemente
distante. A su espalda había otra
puerta. Empujé y entré ...

Olga Degayón Roldán



Fede y los siete caraplatitos

Érase una vez un niño llamado Fede que vivía en un pueblo llamado Puerto del Camino. Su pueblo era muy bonito. Había muchos parques, más de 1.000 tiendas, muchas casas y un colegio. La madre de Fede trabajaba en un huerto que estaba a las afueras del pueblo. No ganaba mucho dinero, pero era muy feliz haciendo ese trabajo. Su padre era científico y trabajaba inventando cosas. Lo último en lo que estaba trabajando era una máquina para viajar en el tiempo. Un día, cuando Fede volvía del colegio entró en el parque que está al lado de su casa para ver las palomas. A él le gustaba mucho ese parque porque era muy grande y porque en su interior había muchos árboles y palomas. Mientras paseaba entre las palomas y les daba de comer migas de pan, a lo lejos vio una figura que parecía un animalito y al que nunca había visto por allí. Un poco asustado se acercó para darle de comer y cuál fue su sorpresa, era un niño enanito con la cara redonda como un plato. De repente, aparecieron hasta siete de ellos para comerse lo que Fede les estaba dando. Mientras comían lo miraban fijamente hasta que de pronto uno de ellos habló:

- ¿Me das un poquito más? - dijo con voz insistente.
- Sí, sí, claro - dijo Fede sorprendido.

Entonces los demás exclamaron:

- ¡A mí también! - gritaron todos al unísono.

Fede asustado preguntó:

- ¿Cómo os llamáis?
- Somos Caraplatitos - respondieron todos a la vez.

A Fede le gustaron tanto sus nuevos amigos que decidió quedarse un rato jugando con ellos. De pronto, miró el reloj y vio lo tarde que se le había hecho. Así que salió corriendo hacia su casa, sin darse cuenta de que los siete Caraplatitos le seguían en fila india. Cuando llegó a casa entró y al ir a cerrar la puerta vio que estaban todos allí. Del susto que se llevó al verlos, dio un salto tan grande que casi llega al techo.

El padre de Fede llegó pasado el mediodía muy cansado. Había terminado su máquina del tiempo y la trajo a casa para guardarla en su laboratorio. Por la tarde, cuando iban a merendar, Fede decidió enseñar a su madre sus nuevos amigos y entonces gritó:

- ¡Ah, falta uno!

Empezó a buscar por toda la casa hasta que escuchó un ruido procedente del laboratorio de su padre, que estaba en el sótano. Bajó con los seis Caraplatitos y vio que la máquina del tiempo entraba en acción con un Caraplatito dentro. Entonces los otros seis Caraplatitos dijeron llorando:

- Por favor, recupera a nuestro amigo.
- Vale, pero os venís todos conmigo - afirmó Fede.

Fede empezó a tocar unos cuantos botones para que la máquina volviera. Cuando regresó descubrieron que no había nadie en su interior. Entonces, Fede y los Caraplatitos saltaron dentro de la máquina para ir a buscar a su amigo. En la máquina se había quedado grabado el destino, había viajado al año 730 a.C. Así que se pusieron en marcha hacia el pasado.

Llegaron al siglo I a.C. en Palestina, en la actualidad Israel. Era el tiempo en que los romanos llegaron a este país. Había muchos puestos de mercado y los romanos estaban vigilando por todas partes. "A lo mejor han secuestrado al Caraplatito", pensó Fede. Empezaron a andar por el mercado cuando vieron al Caraplatito en un puesto de comida. Todos se pusieron muy contentos por haberlo encontrado, pero no podían acercarse a él porque estaba rodeado de romanos. Entonces Fede y los Caraplatitos idearon un plan. Como los Caraplatitos eran pequeños, uno de ellos se deslizaría entre las piernas de los romanos mientras los demás les distraían. Fede les iba a esperar con la máquina del tiempo en marcha. El plan era perfecto, pero surgió algo inesperado. Apareció una mujer con la misma cara que los pequeños, pero más grande. Era un Caraplatón, es decir, un Caraplatito grande al que todos empezaron a llamar mamá. Fede no podía salir de su asombro cuando el Caraplatón se le acercó y le dijo:

- ¿Eres tú el niño que ha traído a mis hijos?

- Sí, he sido yo - respondió Fede emocionado.
- Gracias por haberlos encontrado, se habían perdido. - añadió el Caraplatón dándole un fuerte abrazo.

Resulta que, según le contó a Fede el Caraplatón, un día apareció una extraña máquina en el pueblo. Como sus hijos eran muy curiosos, se metieron dentro para ver de qué se trataba. De repente, la puerta se cerró dejando atrapados a los Caraplatitos y la máquina desapareció sin más.

El pobre Caraplatón había sufrido mucho porque no sabía dónde estaban sus hijos. Seguramente, el padre de Fede, en una de sus pruebas de la máquina del tiempo, la había enviado hasta aquel pueblo.

Fede, con mucha tristeza, empezó a despedirse de la familia Caraplató. Los



Caraplatitos se abrazaron a él llorando.

- No lloréis más - dijo Fede.
- Con la máquina del tiempo podré venir a veros otro día.

Los Caraplatitos se quedaron más tranquilos y vieron cómo se alejaba Fede en su máquina del tiempo.

La nave llegó al laboratorio donde el padre de Fede estaba esperándole muy enfadado.

- ¿Dónde estabas? - le dijo nada más bajarse de la nave.
- ¿Sabes lo preocupado que me has tenido?

Fede, cabizbajo, le empezó a contar todo lo que había sucedido. Al terminar la historia, su padre estaba muy emocionado por lo que su hijo había hecho. Sollozando, le abrazó y le dijo:

- Hijo, estoy muy orgulloso de ti por haber ayudado a que una familia se reuniera.

Desde aquel día, Fede participó en los experimentos de su padre. Una vez al mes, los dos siguieron visitando a sus amigos los Caraplatitos.

Joaquín Bohórquez Fernández 5º A EPO

Una niña llamada Melody

Érase una vez una niña llamada Melody, ella siempre decía que las hadas existían, sus amigas la tomaban por loca, Melody nunca se rendía ella quería seguir buscando pistas hasta encontrar algo que demostraba que no estaba loca, pero nunca encontraba nada. Un día estaba en su habitación tumbada en su cama y llegó a la conclusión de que las hadas no existían, y dejó de creer en ellas. Fué por todo el colegio diciendo que las hadas no existían, y una niña que lo escucho se fué corriendo a su casa muy deprimida, y Melody la vió, se fué corriendo detrás de ella y escucho como la chica le decía a su madre.

- Mamá Melody está diciendo que las hadas no existen. Y la madre le contestó. - Hija no escuches a la gente tu sabes que eres un hada de la noche. Y la niña muy contenta se fué otra vez al colegio. Melody que estaba detrás de un pequeño arbusto lo escucho todo. Al acabar el colegio Melody fué y le conto a su madre lo que había oído sobre aquella niña. La madre al escuchar aquella tontería soltó una gran carcajada y le dijo a Melody . - Anda Melody entra en casa. Al día siguiente la madre de Melody la llevó a un psicólogo, ella se resistió a entrar. Pero al final, entró . Ella le conto al médico lo que había oído y el médico pensaba qué tenía una gran imaginación. Estando en su casa se fué a la cama y se durmió. Melody soñaba que era un hada y podía volar, y en mitad de ese sueño



alguien inesperado la despertó diciéndole . - Oye Melody ¿Porque el otro día en el cole dijiste que las hadas no existíamos? , nosotras si existimos pero por favor, no le digas a nadie que he estado aquí. Melody preguntó - ¿ Pero quién eres? El hada contesto -Soy..... ¿Quién? contéstame no se lo diré a nadie de verdad - dijo Melody nerviosa para saber quién era. El hada un poco nerviosa dijo. - Soy LUNA EL HADA DE LA NOCHE tú amiga de clase. Melody se quedó con ella toda la noche hablando con el hada de todo lo que sabía sobre ellas. Mientras Melody hablaba el hada le puso un collar de ella. Y al día siguiente se olvidó de todo lo que había pasado solo seguía creyendo en las hadas.

Susana Villalobos Bal 6ºA EPO

LAS MORAS

Érase una vez un joven llamado Decan que vivía en las afueras de la ciudad de Hamelín. Sí, nos referimos a la famosa villa de Hamelín. Allí en el año del Señor 1284, hubo una auténtica invasión de roedores, ratas y ratones.

Un buen día, cuando los habitantes de Hamelín lloraban de desesperación, apareció un hombre alto y desgarbado, ataviado con un gorro de pico rojo y una túnica de vivos colores, rojo, amarillo y azul. El hombre portaba una flauta y exigió hablar con el gobernador.

El gobernador, llamado Hans Wetter, era un hombre alto, apuesto y simpático que enseguida recibió al flautista. Éste ofreció al prohombre librar de la plaga al pueblo a cambio de una recompensa: cinco kilos de oro.

De inmediato se convocó una asamblea en la que los habitantes del pueblo estuvieron de acuerdo en reunir los 5 kilos de oro. Conocida la decisión, el flautista, que no había querido revelar su nombre, comenzó a tocar la flauta. Mágicamente, todas las ratas y ratones se congregaron junto a él. El desconocido caminó hacia el río Weser cruzándolo sin problemas gracias a su elevada estatura..



No así las ratas que, al ir tras él, perecieron ahogadas.

El hombre, acabada la faena, volvió a la ciudad a reclamar su recompensa. El gobernador volvió a convocar una asamblea para recoger el oro reunido. Pero en este punto comenzaron las disensiones. Muchos vecinos consideraron muy alto el coste para tan poco esfuerzo y se negaron a pagar. Al final de la jornada, Hans sólo había reunido una bolsa con medio kilo de oro. Enfurecido, el flautista comenzó a hacer sonar la flauta, pero esta vez no le siguieron ratas, sino 130 niños y niñas que, absolutamente hipnotizados, ignorando los gritos de dolor y las llamadas de sus padres, se perdieron en el bosque, tras los pasos del desconocido, para no volver.

Veinte años habían transcurrido desde el luctuoso acontecimiento y diecinueve tenía el protagonista de nuestra historia, por lo que cabe colegir que aún no había nacido cuando los niños desaparecieron. Durante esos diecinueve años, Decan vivió con su madre, Agnes, a las afueras del pueblo en una modesta granja. Allí cuidaba gallinas, cerdos y unas cuantas cabras que daban rica leche.

Todos los días, su madre lo enviaba a la orilla del río a recoger moras, las más jugosas, negras y relucientes moras.

Cada mañana, Decan partía temprano a cumplir su encargo. Se esmeraba tanto que más de una vez había caído al río sufriendo, en ocasiones, algún descalabro de importancia.

Tanto esfuerzo tenía una clara razón: las moras eran para el gobernador Wetter, el hombre más importante de la comarca.

Después de recoger las moras, Agnes enviaba a su hijo al pueblo a vender los huevos que habían puesto las gallinas. Mientras, ella iba supuestamente al palacio del gobernador a entregar las ricas frutas.

De este modo, día tras día, transcurría la existencia del joven Decan.

Hasta que una mañana, al partir hacia el pueblo a vender los huevos, vio un enorme lobo gris, en las inmediaciones de su morada. Asustado, volvió sobre sus pasos para evitar a la bestia y prevenir a su madre. De la pocilga salían gruñidos que indicaban que alguien o algo, se encontraba en su interior. La puerta estaba abierta. Decan, precavido, se asomó sin hacer ruido y lo que vio, mudó su rostro en una mueca de asombro. Su madre se encontraba allí, vaciando la cubeta en el cubil de uno de los cerdos, el más grande y gordo de todos. De golpe, vinieron a su mente todas aquellas veces que había caído al río con grave riesgo para su vida. Todo, ¿para que? ¿Para alimentar a un cerdo?

Salió de la pocilga dando un portazo y su madre corrió tras él.

- ¡Decan hijo, esperal- gritó la madre.

- ¿Cómo ha podido hacerme esto madre? ¿Recuerda aquella vez que me escurrí en los riscos rompiéndome una muñeca? ¿Qué sentido tiene el riesgo corrido?- preguntó el joven.

- Tiene todo el sentido del mundo, mi vida, créeme.

- Explíquese madre se lo ruego porque estoy dispuesto a coger mis cosas y nunca más volver.

- Hace veinte años- comenzó Agnes- conocí a un hombre maravilloso, cariñoso y tierno. Me enamoré de él y fui correspondida. Tuvimos relaciones y quedé en cinta. Ilusionada, corrí a verlo para darle la buena nueva y entonces... presencié una escena que aun me pone la piel de gallina. Cuando entré en el salón de su casa, se encontraba allí el terrible flautista.

-Asustada- continuó la madre- me escondí detrás de una gran cortina y pude presenciar un terrible hechizo. El flautista tocó la flauta y el gobernador empezó a transformarse en un enorme cerdo, en unos minutos había perdido su apariencia humana. Pero no terminó ahí el encantamiento. Siguió con la música cambiando la melodía y adquirió la apariencia del gobernador. Cuando el cerdo salió del salón, yo

lo recogí y lo traje a nuestra casa. Desde aquel aciago día, el flautista ha dirigido despóticamente estas tierras.

(Decan no podía cerrar la boca debido al trastorno sufrido con todas estas revelaciones)

-Sí hijo mío, este gran cerdo no es otro que el gobernador y el gobernador no es otro que tu propio padre.

- Pero madre- acertó a preguntar Decan- ¿Porqué ha callado todo este tiempo?

- Por miedo cariño mío. Temía por tu vida. El flautista es un hombre terrible. Ya sabes lo que hizo con los niños del pueblo antes de que tú nacieras.

- Madre, lo entiendo, pero me veo obligado a hacer algo. Dígame ¿No hay nadie que pueda enfrentarse al poder del actual gobernador?

- Hace tiempo- recordó Agnes_ se oía hablar de una hechicera que vivía en los confines del bosque viejo. Según se decía podía ver más allá de las apariencias y combatir el mal alcanzado con encantamientos. Pero hoy el pueblo ha perdido la fe. Ya no confían en nada ni en nadie. La gente cree que no hay quien quiera ayudarles. El falso gobernador lleva años exigiendo unos tributos desorbitados. Los vecinos de la comarca están empobrecidos y entristecidos. Todo es oscuridad desde la desaparición de los niños.

- ¿Como se llama la hechicera?

- Se llama Isabeau, pero si vive debe ser ya muy mayor

- Eso es lo de menos- contestó Decan- Cuanta más edad más sabiduría. Seguro que ella puede ayudarme a deshacer los embrujos de ese embaucador. Voy a prepararme una bolsa con comida y algo de ropa y parto ahora mismo hacia los límites del bosque viejo.

- Hijo- Exclamó Agnes- debes tener mucho cuidado. El bosque viejo es oscuro y los caminos están borrados. Nadie pasa ya por él. Además, los lobos lo han convertido en su morada.

- No temas madre, llevaré mi cuchillo y pedernal para hacer fuego. No me perderé ya que iré por la orilla del río. Ya sabes que conozco el río como la palma de mi mano. No en vano llevo muchos años recorriéndolo para recoger moras.

Después de esta charla, Decan se acercó a la casa y preparó su macuto en el que incluyó pedernal, un cuchillo y un pequeño banco de madera para poder descansar sin mojarse en el frío y húmedo suelo. Inmediatamente partió hacia el oscuro bosque caminando por la orilla del río. A veces avanzar se hacía muy difícil por el espeso follaje y el joven tenía que cortar las ramas con su cuchillo. Otras veces un lobo aparecía frente a él o a su espalda. Decan llevaba una antorcha siempre encendida para mantener a raya a las alimañas. Cuando llegó la noche hizo un



enorme fuego y se sentó en su taburete apoyando la espalda en un viejo roble. El viento traía innumerables sonidos. Junto al rumor de las hojas sacudidas por el viento, se oían chillidos de animales, crujir de ramas y el murmullo del agua del río. Por la noche el bosque viejo estaba más vivo que nunca. A la mañana siguiente continuó su andadura con renovadas fuerzas hasta llegar a los confines de la espesura.

Allí, en un calvero, se levantaba una tosca casa de madera con techo de hierba. De la rústica chimenea, salía una columna de humo que indicaba que la casa estaba habitada, de modo que el joven se acercó a la puerta para llamar. No hizo falta, una voz se alzó desde el interior.

- ¡Pasa caminante, la puerta está abierta!

Si Decan esperaba encontrarse con una anciana, se llevó una notable sorpresa ya que la mujer que había en el interior de la cabaña era joven y muy guapa. El largo cabello rubio resaltaba la finura de sus rasgos y la claridad de sus ojos azules. Una sonrisa de autentica felicidad asomó a su rostro al encontrarse con el joven.

- ¡Decan! - exclamó- ¡Cuanto tiempo te he esperado!



- ¿Me conoces?- preguntó el joven.

- Claro-afirmó- Te conozco, conozco a tu madre, se quien es tu padre y la forma en que se halla. Y por supuesto, conozco al culpable de todos los males que azotan la ciudad.

- Y ¿cómo es eso posible?- interrogó Decan.

- Soy la bruja Isabeau jovencito. Puedo adoptar muchas formas y colarme en los hogares para conocer sus más oscuros secretos. Se que tu madre lleva años llorando a escondidas, dudando entre decirte la verdad y actuar para acabar con los tejemanejes del flautista o callar para alejar el peligro que se cierne sobre todos vosotros. Porque créeme, el mago flautista es muy cruel y derrotarlo va a exigir un duro entrenamiento.

-¿Entrenamiento?- se extrañó Decan.

-Sí, te explicaré. El mago flautista es el decano de su orden. Nadie podría vencerle con encantamientos porque si nos enfrentamos con sus mismas armas estamos

perdidos. Vamos a urdir un plan, vamos a vencerle, engañándole con armas humanas no con armas sobrenaturales.

- Pero, yo no soy un guerrero- admitió Decan humildemente- Nunca he blandido una espada.

- Ni falta que hace joven. Nuestras armas serán la astucia y el coraje de tu valiente corazón. En primer lugar - aclaró Isabeau- vamos a buscar una colmena, pero no una cualquiera sino aquella donde se encuentren los mejores panales de cera, ya que vamos a fabricar unos tapones protectores para los oídos. Recuerda Decan que el mago sin su música no es nada, hasta un niño podría vencerle. Todo su poder se canaliza a través de la música que surge de su flauta.



En segundo lugar voy a enseñarte a leer los labios. Tenemos que convencerle de que eres un mago muy poderoso al que su don no le afecta. Debes aprender a hablar sin oír tus palabras y a contestar a sus preguntas sin escucharlas realmente.

Así sea- expresó Decan.

Durante varios meses, Isabeau practicó con Decan hasta lograr que la voz del joven sonase normal, a pesar de tener los oídos taponados con cera y que fuese capaz de entenderla mirando sólo el movimiento de sus labios.

"Hemos de lograr que el mago se desprenda de la flauta, así estará indefenso", repetía Isabeau. .

Tras mucho practicar, llegó el día de ir a enfrentarse con el flautista.

La bruja, vistió a Decan con una túnica azul cielo y un sombrero picudo del mismo color y le entregó una vara de roble, astillada en la punta y de un metro ochenta de alto, que se alzaba por encima de la cabeza del muchacho.

- Voy a transformarme en perro- dijo Isabeau-Quiero que cuando adopte mi nueva forma, coloques también unos tapones de cera en mis orejas, así estaré protegida. Con el gran mago mis hechizos no sirven pero te prestaré toda la ayuda que puede proporcionar el mejor amigo del hombre.

Dicho y hecho, Isabeau se transformó en un enorme perro negro con apariencia fiera y amenazadora.

Decan tapó los oídos del perro y los suyos y juntos emprendieron el camino de regreso al pueblo. Esta vez el viaje fue mucho más fácil. El perro negro abría la marcha y los árboles y los animales se apartaban a su paso. Llegados al pueblo, se dirigieron a casa del gobernador. Un asistente intentó cortarles el paso, pero al verlos de cerca, se retiró asustado, dejándoles entrar. Subieron las escaleras hasta el primer piso, donde se hallaba el Salón de Recepciones. Allí se encontraba el falso gobernador.

- ¡Alto! ¿Quiénes sois?- exclamó el flautista.

- Soy el nuevo decano de la orden de los magos - dijo Decan- y vengo a anunciarte que tu reinado de terror ha acabado. Has arrastrado por los suelos el prestigio de nuestra hermandad, convirtiendo una institución respetable en un foco de maldad y de miedo. Mereces el destierro.

- Mírame bien joven- contestó airado el flautista- No voy a permitir que nadie me arrebathe lo que es mío.

Y diciendo esto, sacó la flauta de la chaqueta y comenzó a tocar. El rostro y el cuerpo del gobernador desaparecieron, dejando paso a la figura desgarbada del horrendo flautista.

Decan no se inmutó. No podía oír la voz del cruel mago ni el sonido de su flauta. Se sentía seguro pero aun quedaba el mayor reto.

- ¡Tira esa flauta, no te servirá de nada, has sido despojado de tu poder mago ladino!

- ¡Eso lo veremos ahora aprendiz de pacotilla!- respondió el flautista- Voy a convertirlos en inmundos sapos.

Y diciendo esto, comenzó a tocar de nuevo.

No obstante, su rostro de iba descomponiendo al ver que ninguno de los intrusos cambiaba de forma. Muy al contrario, permanecían tranquilos y serenos.

-¡Ya está bien!-profirió Decan- Si persistes en tu actitud te fulminaré con mi vara. El mago siguió tocando aunque con menor fuerza y convicción.



Decan se adelantó, levantó la vara y comenzó a dirigirse hacia el flautista.

- Te aniquilaré en tres pasos-amenazó el joven- Uno..., dos...y tres.

Al pronunciar el número tres, el flautista soltó su instrumento y el perro, de un salto, lo cogió y lo hizo trizas con fuertes dentelladas.

En ese momento ocurrieron muchas cosas. El flautista, como un viejo muñeco de trapo, comenzó a desmoronarse, se hizo polvo y desapareció.

El perro se transformó de nuevo en la bruja Isabeau, con la belleza y la luz que Decan conocía. Pero este aspecto duró poco. Enseguida comenzó a envejecer muy deprisa. Decan se quitó los tapones y alarmado, acudió en su auxilio, sosteniéndola en sus brazos.

- Tranquilo muchacho_ dijo Isabeau- El tiempo de los magos y de las brujas ha concluido, comienza el reinado de los hombres. Ya no volveremos a importunarnos con nuestros encantamientos ni tampoco a ayudarnos con nuestros hechizos. Todas las brujerías del flautista desaparecerán como él ha desaparecido.

Y así, en brazos de Decan, fue desvaneciéndose como el sol cuando se oculta tras

las montañas. Su luz se apagó como se apaga el fuego de una vela. Sin prisa pero inexorablemente.

Decan se levantó apesadumbrado por la pérdida de Isabeau, aunque satisfecho por la caída del flautista y se encaminó hacia su casa.

Por el camino pudo observar auténticas maravillas y es que algunos árboles del bosque comenzaron a cobrar vida convirtiéndose en apuestos muchachos y muchachas de unos veinte a treinta años. Inmenso fue el regocijo del pueblo al reencontrarse con los niños perdidos.

Decan, que aun seguía con las vestiduras de mago, tuvo que hacer un alto en su andadura para explicar a los habitantes de Hamelín lo que estaba sucediendo, esclareciendo sus dudas y respondiendo a todas sus preguntas.

En ello estaba cuando, a lo lejos vio venir a su madre de la mano del gallardo gobernador que había recuperado su aspecto y su sonrisa.

Decan, de un salto, se bajó de la tarima a la que se había encaramado y corrió a abrazar a sus padres. En ese momento, toda la ciudad prorrumpió en un vehemente aplauso de emoción y de agradecimiento.

Y colorín, colorado este cuento se ha acabado.

A partir de aquí, continúan las cuitas de los habitantes de Hamelín, con sus alegrías, sus penas y sus desvelos...y también, como no, con sus roedores como toda ciudad que se precie de serlo.

Pero una cosa es cierta. A nadie se le ocurrió nunca más buscar soluciones extravagantes para solventar problemas comunes y corrientes.

Y es que ya sabéis, lo que se consigue sin esfuerzo, se va "por arte de magia".

Ignacio Alba Degayón 2º A ESO



Clara y el rayito de luz

Clara abrió los ojos deslumbrada por un rayo de luz. Desde su cama podía ver, a través de la ventana, cómo las nubes habían dejado paso a un día soleado.

Clara se levantó, cogió un bote de cristal y metió al rayo de sol dentro. Rayito lanzaba destellos brillantes a través del cristal.

Clara, durante toda la mañana que pasó en el colegio, no dejó de pensar en su nuevo amigo. Cuando volvió a casa fue corriendo hasta su habitación ...¡Oh! Rayito se había ido, ya no estaba dentro de la botella de cristal ... Y pensó ... "nada dura para siempre"

Esperanza Rodríguez Romero



FIN

Todos los días volvía cargado con el bidón de agua. Siempre agachado entre la niebla, escondiéndome cuando oía ruidos. Mi diario se repetía. Tenía muy poco que contar, sólo salir, buscar agua y volverme a esconder. Quise dejar de escribir pero hay que terminar lo que se empieza. Me pregunto cómo se acabará un diario. Ahora me gustaría tenerlo conmigo. Tengo cosas nuevas que escribir. Hoy los disparos sonaron muy fuertes, después todo quedó en silencio y por fin dejé de sentir frío. Ojalá mamá estuviera aquí conmigo, aunque quizás se enfadaría por que el agua se derramó cuando caí.

Antonio Luis Miranda Sánchez

IV Concurso de Relatos y I de Microrrelatos

AMPA La Inmaculada

ESCOLAPIOS CÓRDOBA

Colabora: Ediciones SM

Mayo, 2014